

El impacto político desconcentrador de un pacto económico de concentración

Por Fernando LOPEZ AGUDIN

LA cuenta atrás hacia el plan de saneamiento económico, que se inicia inmediatamente después del «week-end» del palacio de la Moncloa, es sin duda el período más crítico y delicado de la gestión presidencial de Adolfo Suárez. Durante su desarrollo, el presidente de Gobierno tendrá que recurrir probablemente a sus bien probadas dotes de maniobra y habilidad políticas para que la nueva dinámica creada por el acuerdo económico no acabe arrojándolo.

Pero el problema no es sólo exclusivo de esta personalidad o de la Unión de Centro Democrático. Porque, lógicamente, un pacto económico engendra en todo el abanico político voces partidarias o discrepantes que señalan únicamente, de un modo unilateral, sus ventajas o desventajas. No tiene nada de extraño, sino todo lo contrario, que este pacto económico provoque un fuerte impacto político desconcentrador.

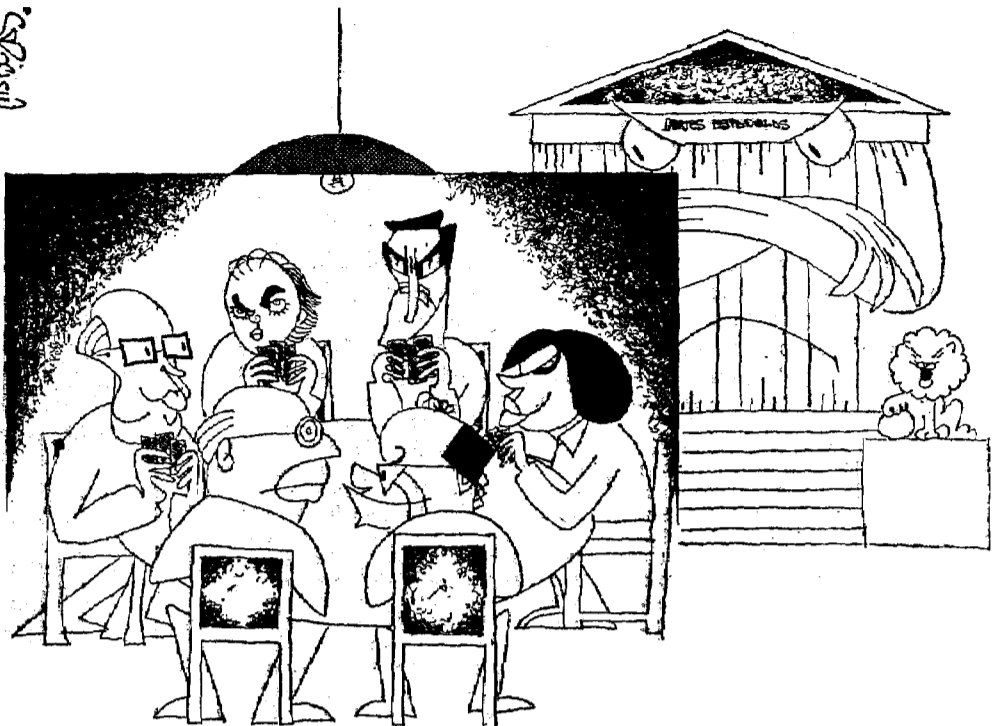
Una doble controversia

Además, es complejo este fenómeno y consecuente que tal tensión polémica se centre en los dos principales partidos del país: Unión de Centro Democrático y Partido Socialista Obrero Español. Ambos, por su especial responsabilidad de encabezar hegemónicamente el Gobierno y la oposición, no presentan lógicamente una actitud unánime a la hora de analizar las consecuencias políticas de dicho acuerdo y de su futura rentabilidad electoral de cara a las elecciones sindicales y municipales.

Durante estos últimos días han sido bien patentes las diferencias surgidas en el interior de la Unión de Centro Democrático en el momento de enjuiciar lo que algunos denominan pacto Suárez-Carrillo. Así, un cualificado miembro de U.C.D. denunciaba, desde una importante tribuna pública, los supuestos peligros de este acuerdo bipartidista, a la vez que la comisión ejecutiva hacia patente la distinta identidad de naturaleza de estos dos partidos políticos. Mas el principal síntoma de que el partido U.C.D. no quiere correr la suerte de la política de concentración es su manifiesta disposición a diferenciarse —no a separarse— de la concreta labor gubernamental. Conscientes de los peligros electorales que para ellos puede suponer la política personal de Adolfo Suárez —sobre todo de cara a Alianza Popular—, parece que, sin dejar de apoyar al Gobierno, buscan no ser exactamente el «alter ego» presidencial. Esta tentativa de desvincularse políticamente de una política coyuntural, que puede hacer mermar considerablemente la base de su propio electorado, es la repercusión más importante en teoría, puesto que está por verse en la práctica cómo es posible esta difícil operación de caminar juntos pero separados cuando se es un partido gubernamental.

Menos visible, pero de idéntica importancia, es la discusión interna en el seno del Partido Socialista Obrero Español. Las páginas de su órgano periodístico sólo dejan traslucir algunos artículos polémicos en torno a si apoyar o no por la fórmula del centro izquierda. En una palabra, ¿debe mantenerse o no la estrategia de dividir a la Unión de Centro Democrático para intentar elaborar una alianza del sector no azul de U.C.D. con el P.S.O.E.? La polémica, por otra parte, no deja de tener probables consecuencias internas para la propia organización socialista, puesto que la hipótesis de un Gobierno de coalición P.S.O.E.-sector de U.C.D. podría tener importantes repercusiones orgánicas para el

15/12/75



mismo socialismo. Téngase en cuenta que la doble alma histórica del P.S.O.E. —socialdemocracia «versus» marxismo— tiene pendiente aún un nuevo debate que podría ser o no reabsorbido por el aparato del partido. Hasta ahora, esta dualidad ha podido coexistir dado que las opciones en discusión eran meramente políticas. En qué grado podrán seguir coexistiendo o no será la interrogante que resolverá el resultado de la discusión de las distintas alternativas económicas. En cierto sentido y modo esta pugna aplazada empieza a estar presente desde hoy mismo.

Por el contrario, y ello es también totalmente lógico, los dos grupos menos desconcentrados —al menos en apariencia— son las minorías parlamentarias de Manuel Fraga y Santiago Carrillo. Uno, oponiéndose inteligentemente al pacto y el otro, respaldándolo, son quienes prácticamente poco tienen que perder y mucho que ganar si fracasa o triunfa su política personal. Conseguir un Gobierno «técnico», o que Adolfo Suárez gire hacia su derecha (A.P.), y lograr entrar en el Gobierno (Santiago Carrillo), son dos grandes objetivos para ambos políticos, que no van a sufrir considerablemente, por lo menos a corto plazo, si su estrategia no encuentra el terreno allanado. Ni uno ni otro van a perder el Gobierno o la posibilidad de sustituirlo. Esta situación es la que explica la relativa tranquilidad de ambas minorías parlamentarias y la inquietud y preocupación que domina tanto en la Unión de Centro Democrático como en el Partido Socialista Obrero Español. Ello explica el contraste entre la libertad de movimientos tácticos de los dos pequeños y la rigidez de maniobras de los dos grandes, sobre todo de Adolfo Suárez, que se juega en este tablarismo político seguir encabezando o no la consolidación del proceso democrático de nuestro país.

El «test» de las elecciones sindicales

Simultáneamente, este impacto desconcentrador no se detiene sólo a nivel de partidos políticos, sino que también afecta a las organizaciones sociales y, de rebote, a un gran partido y a uno pequeño de la izquierda. El anuncio del pacto económico ha tenido como primera paradójica repercusión medicalizar la controversia patrono-trabajadores y la batalla sindical. Por vez primera en esta discusión hay algo en lo que coinciden empresarios y la mayoría de las centrales sindicales —con la importante y significativa excepción de CC. OO.—, consistente en el rechazo del contenido del acuerdo.

Ya en la primera reunión del palacio de la Moncloa el dirigente de Alianza Popular, Federico Silva, insistió en que sin el aval empresarial el documento firmado carecería evidentemente de valor, y Felipe González manifestaba la necesidad de negociar con las organizaciones que representan a los empresarios y a los trabajadores. Pocos días después, la C.E.O.E. y la U.G.T. decidían su no a lo acordado con mayores o menores matices. El comienzo de la negociación a este nivel permitirá conocer si los empresarios

siguen considerando a este equipo gubernamental como no representativo de sus intereses y si las centrales sindicales unifican o no sus respectivas posturas.

De mantenerse esta bifurcación de planteamientos sindicales —CC. OO. «versus» restantes sindicatos—, no sólo dificultaría la negociación, sino que aumentaría el contenido político de las próximas elecciones sindicales, que se iniciarán a partir del próximo 15 de noviembre. Ya que en ella habrá que apliar por un dilema prioritario, si antes no hay un improbable acuerdo común, consistente en elegir entre la central sindical que apoya con reservas el pacto (CC. OO.) y el bloque de centrales que se oponen con más o menos matizaciones (U.G.T., C.N.T., C.S.U.T. y S.I.L.). Elecciones desde para el mismo pacto, que ha obligado al Gobierno a remitir la pelota de la normativa electoral a los mismos trabajadores, que deberán escoger en cada centro laboral si prefieren votar por listas cerradas (U.G.T.) o por listas abiertas (CC. OO.). Porque de hecho, salvo imprevistos de última hora, esta consulta sindical es algo más que la elección de unos representantes sindicales para convertirse en algo así como una referéndum que dilucide si la clase obrera acepta o no el acuerdo.

Una enorme confusión

A nadie escapa las consecuencias políticas que puede acarrear que triunfe una u otra opción. Baste decir que de hecho la consolidación del pacto económico, que se acaba de firmar, dependerá del resultado de estas elecciones.

De este modo, nos encontramos en una difícil, compleja y confusa lucha a distintos niveles: mientras el telón de fondo de la crisis económica se agudiza, se desarrolla la lucha entre centrales sindicales, partidos políticos y poderes fácticos. ¿Seguirá apoyando toda U.C.D. el giro «a izquierda» de Adolfo Suárez?, cambiará o no el P.S.O.E. su política de escindir a U.C.D.?, ¿qué central sindical —U.G.T. o CC. OO.— vencerá en la consulta electoral próxima?, ¿insistirá ahora CC. OO. en el apartado b), punto cuarto de su declaración: negativa al tope salarial?

Junto a estos factores objetivos, hay que señalar, asimismo, que Adolfo Suárez es blanco en estos momentos del «ataque» subjetivo de los numerosos sectores y personalidades que se han considerado lesionados por la iniciativa presidencial a lo largo de todo el complicado proceso de salida política de la anterior situación. Confluencia de factores que persiguen obstinadamente una nueva «directiva de Estado».

Indiscutiblemente, sus posibilidades aumentarán si logra finalmente que por lo menos, la central empresarial acabe aceptando el pacto. La ratificación o no de la negativa empresarial y el grado de oposición de la casi totalidad de las centrales sindicales —menos CC. OO.— determinará, lo que es más importante: si se sustituye o no la política de concentración por una política de coalición de U.C.D. con su derecha —Gobierno técnico— para aplicar el plan de estabilización.